



# LOS CUENTOS DEL REPERTORIO

## LA HERMANA MAYOR

POR RABINDRANATH TAGORE

### I

DESPUÉS de haber enumerado detenidamente las hazañas del marido malo y tiránico de una infeliz mujer del lugar, Tara, vecina de ella, dictó secamente su sentencia: «¡Que le quemen la boca a semejante hombre!»

Oyéndola, la mujer de Yoygopal Babu se resintió mucho. No está bien en las mujeres desear, sean las cosas como sean, peor clase de fuego, para la boca de un marido, que el fuego de un cigarro. Desaprobó modosamente la sentencia, pero la muy empedernida de Tara añadió con redoblado ensañamiento: «¡Más valiera ser viuda en siete nacimientos, que mujer de un marido como ese!»; dicho lo cual, cortó la tertulia y se fué.

Sasi se dijo: «No puedo imaginarme en un marido ofensa capaz de ponerle a una tan mal corazón contra él». Y siguiendo el hilo de su pensamiento, toda la ternura de su alma amorosa fluía hacia su marido ausente. Se echó, abiertos los brazos, en el lado de la cama donde él acostumbra acostarse, y besó la almohada vacía, que tenía el olor de la cabeza de Yoygopal. Luego, cerrando la puerta, sacó de una caja de madera una vieja fotografía casi desteñida y algunas cartas de él, y se sentó a mirarlas. Y así pasó la siesta callada, sola en su cuarto, reviviendo recuerdos antiguos, entre suspiros y lágrimas de tristeza.

No era yugo reciente este de Sasikala y Yoygopal. Se habían casado muy jóvenes y habían tenido varios hijos; y con tantos años de compañía, los días se les pasaban de una manera fácil y corriente. Ni de una parte ni de la otra había existido nunca síntoma alguno de excesiva pasión. Llevaban sin separarse iba ya para diez y seis años, cuando, de pronto, el marido tuvo necesidad de irse, que lo llamaban para unos asuntos; y entonces se despertó en el alma de Sasi un gran impulso de amor. Mientras la separación ponía más tirante el lazo, el nudo del cariño se apretaba más, y la pasión, cuya existencia no había sentido nunca Sasi, la hacía ahora palpar de dolor.

Vino a ocurrir que, después de tanto tiempo, y a sus años, madre ya de hi-

jos, Sasi, en el mediodía primaveral, tendida en el lecho de la separación, comenzó a soñar, en su cuarto solitario, el dulce sueño de la novia retornante de juventud. El amor del cual había sido, hasta entonces, inconsciente, la despertó de pronto, con su música suspiradora. Vagó, largamente, río de la ilusión arriba, y ¡qué de castillos dorados, cuántos verjeles vió por las orillas!; pero no le fué posible encontrar donde afianzarse entre sus borradas esperanzas de felicidad.

Se empezó a prometer que, en cuanto viniera su marido, la vida no sería ya tan sosa como antes, para ella, ni la primavera llegaría en vano. ¡Cuántas veces, por una necia disputa o una riña tonta, había fastidiado a Yoygopal! Ahora, con toda la inocencia de su corazón arrepenido, juró que nunca más volvería a ser impaciente, que ya no se opondría a lo que él quisiera, que sobrellevaría todos sus mandatos y se sometería con ternura a cuanto él deseara, bueno o malo; porque el marido lo es todo, el objeto más entrañable del amor; el marido es divino.

Sasikala era hija única y muy mimada. Por esta razón, Yoygopal, aunque dueño solamente de una pequeña fortuna, no se preocupaba gran cosa del porvenir; que su suegro poseía lo bastante para tenerlos a lo príncipe en un pueblo como el suyo.

Y entonces, en la ancianidad, y cuando menos podía sospecharse, le nació un hijo al padre de Sasikala, la que, a decir verdad, se resintió mucho para sus adentros, por el inesperado suceso, injusto e impropio de sus padres; y a Yoygopal tampoco le sentó muy bien la cosa.

El cariño de los padres se concentró en aquel niño de sus años viejos. Cuando el recién nacido, el diminuto y soñoliento cuñado agarró en sus débiles puñitos todas las esperanzas y las ilusiones de Yoygopal, éste se fué a Assam y buscó allí colocación en un jardín de té.

Sus amigos le aconsejaron que buscara trabajo más cerca; pero Yoygopal, bien por un sentimiento de resquemor, o por creer que podría medrar fácilmente en el jardín de té, no les hizo caso. Mandó, pues, a su mujer y a sus

hijos a casa de su suegro, y se marchó a Assam. Era la primera vez que marido y mujer se separaban.

Este incidente indispuso a Sasikala con su hermanito. El encono que no puede pasar de los labios, se siente dentro mucho más vivo. Mientras el chiquitín mamaba y dormía tranquilamente, su hermana mayor, con un mal humor petulante, encontraba mil razones, que el arroz estaba frío, que los niños no iban a su hora a la escuela, cosas así, para atormentarse y atormentar a los demás a todas las horas del día y de la noche.

Pero la madre murió poco después, y, antes de morir, confió su niño al cuidado de la hija. Entonces, el niño sin madre le cogió fácilmente el corazón a la hermana. Se echaba sobre ella, berreando como un torito, y, con toda su alma quería meterse la boca, la nariz, los ojos de Sasi en su boca chiquitita; le agarraba el pelo con sus manitas, y decía que no se lo soltaba; se despertaba antes de ser de día, y, rodándose hasta ella, la estremecía con su roce suave, balbuciendo como un arroyuelo alborotado; luego la llamaba Yiyi y Yiyima; y, lo mismo en las horas del trabajo que en las del descanso, haciendo todo lo que se le prohibía, comiendo todo lo que no debía o yéndose a donde no se le dejaba, era un verdadero tirano de su hermana.

Sasi no sabía ya resistirse, y se rendía por completo al caprichoso tiranillo.

### II

EL niño se llamaba Nilmani. Al cumplir los dos años, su padre cayó enfermo de cuidado; y Yoygopal recibió una carta en la que se le decía que viniera corriendo. Cuando, después de muchas dificultades, tuvo permiso y pudo venir, Kaliprasanna estaba en la agonía.

Kaliprasanna confió a Yoygopal la tutela de su niño, y dejó a su hija una cuarta parte de sus bienes; así es que Yoygopal abandonó su empleo y se volvió a su casa, a ponerse al frente de lo suyo.

Marido y mujer se reunían de nuevo, después de la larga ausencia. Si un cuerpo material se rompe, puede juntarse otra vez; pero cuando una larga separación aparta a dos seres humanos, no vuelven ya a reunirse en igual sitio y al mismo tiempo, que el entendimiento es cosa viva y en todo instante crece y se cambia.

A Sasi, el encuentro le produjo una emoción nueva. El anhelo nacido con la ausencia había disipado por completo el entumecimiento en que la había tenido el hábito de su viejo matrimonio; y le parecía ahora que recobraba a su marido mucho más suyo que antes. ¿No había ella jurado en su pen-